

# La Máquina de café como generadora de ideas. Ensayo absurdo

DANIEL ATAHUALPA PALACIOS |

---

Esto no es el principio, comenzar supondría que existirá un fin.

Escribo esto no por mí, sino a pesar de mí mismo.

El gato observa, la cafetera roja prepara el expreso, y yo me expreso mientras espero el horno.

Esto comenzó en el final. Antes que tú leyeras, escucharas, observaras, esta idea, ya se había generado.

Génesis, degradación... fin.

Y sigue.

La voz no se detiene, porque el hablante, el escriba, no puede callar sus pensamientos. El escritor se desborda de sí, las palabras se le escurren del pensamiento y se le derraman por los dedos.

La idea lo gobierna en forma de pasión.

Piedad, el contenedor es pequeño para ideas más grandes que él. La pequeñez de su persona se aplasta por la inconmensurable pretensión de saber. El saber lo aplasta y él no sabe que no sabe, y que además no puede saber.

Siguiente. Mentira.

Seguir es pretender que hay un antes. O peor aún, un después. Después de qué. De quién. Después de ti lector, después de mí, qué sentido tiene esto.

La poesía y la filosofía suelen compartir el mismo panteón. El olvido enmarañado de la apatía los recubre. La apatía protege al ingenuo de su realidad, la curiosidad mata al gato, al filósofo y al poeta. Uno escarba en la oscuridad, el otro en las ideas y el último en las pasiones.

El sentido se extravió a sí mismo buscándose. Los poetas y filósofos no lo encuentran, el gato juega y duerme. Los demás buscan al sentido, lo recubren

o sustituyen con placebos como el amor y la pasión. Pero esos son impulsos, motores, combustibles no destinos.

El combustible de mi idea es el café. Negro y espeso, como la idea que me recubre en su amargura.

El café sí tiene raíz, no rizoma. Y se aferra a la tierra antes del proceso. El proceso del progreso lo manufactura, lo sistematiza, industrializa y capitaliza. El café se vulgariza cuando se vuelve combustible de la productividad.

La Historia no ha acabado, porque nunca empezó. No hay Historia sin alguien que la escuche, que la atienda. La Historia desarrolla una autogénesis efímera cuando alguien cree en ella.

Existe como la ficción, solo cuando alguien cree que existe. Mientras esa Historia vanidosa se autohalaga como ciencia y se admira con su reflejo frente al río, las otras historias no contadas la observan, a sabiendas que lo eterno es espejismo, y que se ahogará en su vanidad. Ellas saben de eso porque saben del olvido.

El discurso sigue sin rumbo ni patrón. Porque nadie lo gobierna. El discurso sigue el impulso de la idea. La idea es motor, rumbo y destino.

La idea se extiende sin forma, me invade, me infecta. La idea es un avance venéreo que lo abarca y lo consume todo. La idea es una idea de ojos amarillos, repleta de bilis, de sangre oscura, de sudor salado, de saliva espesa. Por eso se escurre. No se puede contener ideas líquidas en cuerpos sólidos. Las paredes son inútiles por porosas. Sudo la idea, la lloro, la orino. Se me escapa y me perpetúa en la saliva, si alguien me escucha, yo soy como la Historia, necesito que alguien crea en mí para existir. La idea es independiente.

La máquina que es mi cuerpo funciona por necesidad. Complacer sus necesidades resulta un hedonismo meramente fisiológico. El cuerpo sigue y funciona, aun cuando atento contra él. Él reclama, me reclama a través del dolor. Yo quiero reclamarle que soy su prisionero, ese pacto que ha hecho con el tiempo no me contempló. Mi cuerpo es egoísta, sólo le importa su funcionamiento, pero no sabe para qué funcionar. Es un autómatas, lo sé, lo he descubierto, yo soy su prisionero. Él me contiene, como contiene a la idea (aunque ella se escapa). Espero desbordarme con la idea, sé que nos desbordaremos, a pesar de él, a pesar de mí. Lo haremos porque ya lo hicimos.

Yo me fugo, en cada pensamiento, en cada letra, me escapo y me perpetúo fuera de él. La idea es un vestigio premonitorio de lo que fue y no ha sido. Un recuerdo de lo que será. Un ayer impuesto en el mañana. O un mañana que ya ocurrió. La idea burla al tiempo.

¿Si la existencia precede a la esencia, es esencial prescindir de existir para ser? ¿La idea puede ser sin el ser? O ¿es dependiente?

El pensamiento se extiende sin raíz, no hay origen ni sentido, no hay realidad, ni universo, nada es único. Todo es múltiple, pretendimos que el uno era el origen, porque lo creímos lógico. Fundamos la lógica como la ciencia, como el trabajo, como el progreso, bajo supuestos de sentido que nos llevaban hacia algún lugar. Un mañana delineado por la industria y el comercio, con objetos glamorosos, que se acumulan invasivos del espacio y del tiempo. Un mañana que sería mejor que el hoy. Promesas de felicidad extendidas a un futuro siempre aplazable, a pagos.

El tiempo sigue. Si es qué hay tiempo. La idea está ahí, siempre ha estado. Omnipresente, omnisciente, panteísta, pangenérica, panofóbica, pan horneado, que se tuesta, que me inunda y da sentido, acompañado de café.